EL CONTRATIEMPO

Querido Julio: alguna vez, tras releer «La autopista del Sur», me he preguntado qué ocurriría cuando esa caravana, dejando atrás el purgatorio de la carretera, y lejos de tu compasión, alcanzase el infierno de la ciudad, el semáforo atroz del millonario anonimato y la cursilería del Poder.

Quienes desde el exterior de nuestras fronteras —y a), *a causa de su envidia y su rencor ante la perfección de nuestro sistema civil,* y b), *a causa de su consiguiente afán de subvertirlo, aniquilarlo y suplirlo con fórmulas extrañas a nuestra idiosincrasia— han querido simular que advertían en el contratiempo una forma actualizada de la lucha de clases, ¡e incluso una guerra civil generalizada!, no sólo mienten, que eso queda bien claro a la vista del amor y el respeto mutuos que sirven de raíz y destino a nuestra comunidad, sino que mienten de manera ridícula y vertiginosa, mostrando así su incontinencia y su maldad. Esos subversivos foráneos (pero hemos de reconocer que las ideas disolventes de tales asociales extranjeros han conseguido a veces, quién sabe con qué malasartes, mentiras, espejismos, promesas, amenazas o drogas, la colaboración de algunos candorosos o desviados ciudadanos del interior) en sus informes internacionales mostraron hasta qué punto no retroceden ante la mentira al indicar que todo parecía haber ocurrido de un modo brusco y repentino, diagnóstico con el que ellos mismos descalifican su propia capacidad de análisis y con el que revelan su malintencionada extranjería, ya que, de haber analizado el contratiempo* in situ, *esto es, con conocimiento de causa y sin fines inconfesables, sabrían que, como habrá de mostrar de un modo diáfano el informe presente, el estallido postrero del contratiempo no fue sino el lamentable resultado de una cadena de malentendidos, a menudo violentos e incluso sanguinarios, es verdad, pero concatenados y de ninguna forma súbitos, y que además todo empezó a causa de un acto subversivo friamente calculado por un individuo —extranjero— del que nuestra policía ya ha reunido los datos que lo llevarán al castigo; y que, de todos modos, el contratiempo no se habría producido si nuestra comunidad no tuviera o tuviese —que de ambas formas puede y suele decirse— un nivel de abundancia que es, si este informe no yerra, el motivo fundamental de la envidia y del resentimiento de los agitadores. Pues, ciertamente, ¿no es envidiable —aunque ello de ninguna manera sea digno de re-*

sentimiento sino de emulación— que al menos la mitad de nuestros ciudadanos sean propietarios de automóvil propio, a tal punto que a cualquier hora nuestra ciudad se muestre tan invadida por la locomoción que llega a ser maravillosamente intransitable? Utilizo ese adverbio de modo y no otro porque, aunque es cierto que el tráfico rodado suele ocasionar una gran acumulación de lentitud (lo cual consiente que los conductores descarguen su agresividad —siempre nociva en una comunidad que es espejo de serenidad y convivencia y cuya constante es, obviamente, la placidez— insultándose de ventanilla a ventanilla, mentándose la madre, e inclusive intercambiándose aquí o allá diversas hostias, escapes que siempre sirven de sedante a los contendientes, que a menudo se estrechan la mano —después de haberse partido las narices— a la llegada de la policía del tráfico), y aunque también es cierto que diez, doce o catorce veces al día el tránsito rodado paraliza la circulación de manera absoluta y total, hasta que la llegada de varios funcionarios del tráfico y sus inauditos y admirables esfuerzos desenredan el nudo de automóviles y permiten la puesta en marcha de las caravanas, siquiera hasta cuatro o seis esquinas más adelante; si todo esto, como digo, es desde luego cierto, lo es también que ello sucede a causa de que nuestro sistema social es tan inteligente y generoso que da a todo ciudadano la posibilidad de poseer automóvil propio, hasta el punto de que la inmensa mayoría de los autos que con su ir y venir, lento pero incesante, prueban la modernidad y la abundancia de nuestra ciudad, suelen portar un solo pasajero: el conductor. Se nos dirá —mejor dicho: se ha escrito en los mencionados informes de nuestros enemigos, y se ha escrito con una frivolidad, un odio y una insania completamente inconcebibles en un mundo civilizado— que esta abundancia no es igualitaria, toda vez que el número de nuestros automóviles no es equivalente al censo de habitantes; pero esa es una observación maliciosa, y más, torcida, y hasta, si me apuráis, malvada, pues ¿cómo la Oficina del Tráfico Rodado Autónomo (OTRA) habría de ser tan descuidada y acientífica como para otorgar carnets de conducir a los menores —cuyo tamaño físico y cuyo nivel de responsabilidad ciudadana aún no alcanzan el merecimiento de poseer automóvil— o a los ancianos avanzados, cuyos reflejos pondrían en peligro la fluidez de la circulación e inclusive sus vidas propias, ya que ellos, por desdicha, están, lógicamente, más próximos por ejemplo al infarto, y cuya edad prácticamente les incapacita para gozar de las ocasionales descargas de tensión que, como ya dijimos, los automovilistas se conceden de vez en cuando intercambiando algunos sedativos guantazos? ¡Podrían morir, de un mal mamporro! De modo que el argumento de nuestros enemigos

sólo conserva una aparente lucidez si se refiere a que, en efecto, aproximadamente una mitad de nuestros ciudadanos no poseen automóvil propio. Y bien: ojalá el autor de este informe no tuviera en la vida preocupación más importante ni misión más difícil que ésta de refutar la evidente malevolencia de ese argumento que pretende poner en duda el esqueleto de igualdad social que da fuerza a nuestro sistema. Baste decir que nuestro afán igualitario no es tan mesiánico como para negar la diferencia. O dicho de otro modo: en nuestra comunidad todo ciudadano puede, si lo desea, ser igual, aunque puede también, si lo desea, ser diferente. No entendemos la libertad de otro modo que así. Pero además es necesario aludir a otra cuestión sumamente decisiva en cuanto a la construcción no sólo de una sociedad libre sino en lo relativo a la formación del imprescindible componente de justicia en la conciencia de todos y cada uno de nuestros ciudadanos; esa cuestión es nuestro ya profundamente arraigado concepto de la igualdad de oportunidades, que ha de ir estrechamente unida, de un lado, al conocimiento de que el tuétano del desarrollo y del progreso se asienta en esa forma social del esfuerzo personal a que llamamos competitividad, y de otro lado, al conocimiento de que existe el destino. Por lo primero, el ciudadano sabe que para ser igual ha de esforzarse, a menudo muy duramente, como se esfuerzan la mayoría de sus compatriotas; es decir, el ciudadano sabe que todo privilegio —un automóvil, por ejemplo, o dos— no es sino el resultado del esfuerzo continuado, de la fe, de la voluntad, del coraje, la emulación y, en suma, la emocionante tentativa incesante de ser igual con todos sus iguales; y así, nuestra fraternidad, famosa allende las fronteras, no es nunca una entelequia teórica ni mucho menos una parodia enfermiza de la moral, sino la suma del deseo que nuestros ciudadanos sienten, en modo firme y obstinado, de ser los unos como son los otros; bien entendido que aquellos que eligen no la igualdad sino la diferencia —por ejemplo, carecer de automóvil— no quedan obligados, de ningún modo, a contrariar sus más íntimas elecciones sociales y pueden ser tan diferentes como les venga en gana, hasta el punto de que son libres de carecer no ya de un automóvil propio sino incluso de los haberes necesarios —y diría más: imprescindibles— para comprar un billete del autobús. Esta elección de nuestros diferentes es, a medias, consecuencia del profundo respeto que nuestro Comité Intersocial de Asuntos Ciudadanos e Investigación de Asociales (CIACIA) siente por la libre elección y el libre concurso de tales diferentes en el tejido de nuestra sociedad —y la prueba de ese respeto gubernativo está en que el número de nuestros diferentes es realmente muy alto—, y es, a medias y paralelamente, la prueba de

la existencia del destino. Pues, en efecto, es el destino quien decide muy a menudo que un ciudadano tenga capacidad adquisitiva para comprar un automóvil, o dos, o tres, así como capacidad para cambiar de coche de acuerdo con el kilometraje o con la no por esperada menos repentina aparición de un modelo deslumbrador (y a este respecto nuestra Oficina de Invenciones para el Gran Automóvil —OIGA— está en manos únicamente de diseñadores geniales, verdaderos artistas capaces de provocar cada seis meses el clamor admirativo de los consumidores), y de igual modo es el destino quien resuelve frecuentemente, desde sus enigmáticas pero profundas leyes, que algunos de nuestros ciudadanos (muchos, en realidad, como con suma objetividad más atrás hemos señalado) no formen parte de nuestra multitud de iguales sino de nuestra multitud de diferentes. ¿Y quién podría ser tan obcecado como para acusar de parcial a nuestro Gobierno tan sólo por el hecho de que sabe reconocer no únicamente la existencia del destino sino el hecho de que todo mortal está sujeto a él, y a veces casi maniatado? ¿Habría nuestro Gobierno de ignorar que el poder del destino, sobre ser cosa antigua y, por ende, venerable, es, por ello mismo, elemento decisivo en la formación del componente misterioso, religioso inclusive, de la conciencia de todo mortal? Que todo hombre es un ser civil es algo que, como se va viendo, no ignoran nuestras autoridades; por el contrario: se desvelan —y más diría: se gastan— en la tarea de estimular en todo ciudadano el conocimiento de esa ley. Que a la vez todo hombre es misterioso, oscuro, irrepetible y, en fin, ser-para-el-destino, es algo que nuestros gobernantes no osarían esquivar a la hora de planificar (vale decir: a toda hora, pues que su voluntad de servicio es en verdad insaciable) la felicidad y la libertad de su pueblo. Pero además, ignorar el concurso del destino en la existencia de cada ciudadano, sobre ser ignorancia en cuanto a los ocultos ingredientes de la formación de la vida, de la conciencia y de la sociedad, lo cual podría significar un lapsus de ética que nuestros guías jamás han cometido ni van a cometer, sería también algo no menos lamentable: un lapsus estético horrible, esto es, una espantosa prueba de incultura: ¡Ignorar al destino! ¡Equivaldría a no haber leído nunca a los clásicos griegos! ¿Cabría insulto más infamante en la reconocida —y más aún: legendaria— ilustración de nuestros senadores? Me he extendido sobre este punto porque en ciertos informes de nuestros enemigos se ha deslizado, para explicar el origen del contratiempo (en realidad, para confundir, para agredir, para arrimar el ascua a su sardina, y séame excusado el mal gusto de la expresión a la vista de la legalidad y casi de la obligatoriedad de la cólera con que he de contemplar el afán subversivo de esos mencionados proter-

vos), se ha deslizado, digo, en informes foráneos, la versión, no por insostenible menos oprobiosa y nefasta, de que en el contratiempo que recientemente ha sufrido nuestra comunidad —y al que en seguida atenderá este informe— concurrió la desigualdad; por ello me he extendido sobre este punto, y también porque en tales informes de aborrecible superficialidad y de frivolidad delincuente se llegaba a especificar que nuestros guías, mediante su respeto a la existencia y vitalidad del destino, contribuyeron al advenimiento de dicho contratiempo, al que por otra parte nuestros enemigos tan vorazmente han usado en beneficio de su propaganda desestabilizadora y fanática. No: nuestro sistema no tolera ninguna forma de desigualdad. Sólo consiente, como ya queda dicho, la libertad de que se aspire a ser igual, a tener automóvil o automóviles, y la libertad de carecer de ellos, es decir, de ser diferente. Tenemos pruebas de que en otros sistemas de gobierno no se fomenta la igualdad sino que se establece la injusticia, así como tenemos pruebas de que muchos gobiernos presumen de obligar a elegir únicamente la igualdad, al tiempo que la diferencia es brutalmente perseguida. Lógico es, pues, que nuestras estructuras sociales, y la filosofía que tan sólidamente les sirve de soporte científico y moral, acaparen la envidia y el rencor de unos y otros, ya que nuestro sistema los refuta a todos por igual al haber encontrado la formidable síntesis de que la convivencia, el desarrollo y el progreso fluyan de modo natural tanto desde el respeto y el estímulo a la igualdad como desde el consentimiento hacia la diferencia. De lo primero, ¿no es prueba suficiente que la mitad o poco menos de nuestros ciudadanos disfruten de automóvil particular, así como del goce adjunto de poder descargar las tensiones naturales de toda vida inteligente mediante las mentadas a sus progenitores de ventanilla a ventanilla, o mediante la olimpiada de soplamocos que a menudo motivan las aglomeraciones del tráfico rodado? ¡Todo mortal tiene derecho a sedar a gritos sus nervios, y no pensar así es no haber entendido los principios de la psicología de masas! Y de otro lado, ¿no es suficiente prueba de la equidad que mantiene en perfecto equilibrio el edificio de nuestra sociedad el hecho de que la otra mitad de nuestros ciudadanos son libres de reivindicar su diferencia no poseyendo un automóvil? Los informes foráneos arrancan a este hecho deducciones frenéticas; mas la deducción justa, y bien simple por cierto, no puede ser otra que esta: nuestra ciudad no obliga a nadie a tener coche. Y más: nuestra ciudad (y sólo la modestia me prohíbe atender a la tentación de escribir Ciudad con mayúscula) ni siquiera obliga a nadie a viajar en los transportes públicos. Y más aún: nuestra Ciudad no obliga a nadie a poder sufragar el im-

porte del billete del autobús. En suma: nuestra Ciudad consiente que cualquier ciudadano que lo desee pueda viajar a pie. Sobre la libertad se escribe mucho. Demasiado y muy contradictorio todo ello. Pero la libertad, igual que el movimiento, únicamente se demuestra andando. Con esto no quiere insinuar el autor del presente informe que sólo es libre quien carece de su automóvil e incluso quien usa el albedrío de carecer de emolumentos para sufragar el gasto de sus traslados en los transportes públicos; para extraer tal deducción de la frase anterior sería preciso una inconmesurable mala fe. Tanto más cuanto que, en realidad, y para llegar a los últimos límites de la objetividad informativa, entre la libertad que el ciudadano tiene de esforzarse por ser igual y la que también tiene para asumirse diferente, el sistema no oculta a este respecto una cierta aunque muy remota, y casi imperceptible, predilección por la actitud del ciudadano con afanes igualitarios, sin que de ningún modo contraríe ni el albedrío ni el destino del diferente; y además, esa sutilísima preferencia —que en nada contraviene a la constante organizadamente libertaria de nuestro sistema social— es inmediatamente comprensible si se pretende no desconocer las leyes del progreso, una de las cuales sin duda es la constancia y hasta —si es que se nos consiente una forma bellamente metafórica de expresarnos— la violencia de la producción. ¿Y cómo habría de conservar la producción su ímpetu sin el concurso del ímpetu de grandes masas productivas? ¿Y cómo habrían de conservar las masas su ímpetu hacia el progreso, que es como decir el futuro, sin el concurso de un paralelo ímpetu consumista? Son leyes no ya tan sólo del mercado sino de la existencia y la excelencia mismas de las comunidades. Se comprenderá entonces por qué nuestro sistema, y en su nombre nuestros representantes legítimos, y en su nombre un alto y solidario porcentaje de la comunidad, observan una cierta predilección por la igualdad de los iguales, en menoscabo —pero muy levemente— del incuestionable respeto por la igualdad de los diferentes. Los informadores foráneos (y constantemente siento la tentación de mencionarlos sin contemplaciones como envidiosos, rencorosos y subversivos, aunque la buena educación me inclina sin cesar a la elegancia de los eufemismos), que en sus documentos infames, al explicar su versión de nuestro contratiempo, hablaron de lucha de clases e incluso de guerra civil, ciertamente carecían de la sutileza precisa para entender cómo esta fluidez sociomoral que pudiéramos bautizar como la ecuación producción→consumo→igualdad→felicidad, y el consiguiente entusiasmo que esa ley produce en nuestros propietarios de automóvil, en contraposición con el libre y alto porcentaje de ciudadanos diferentes, algunos de los cuales bien pudieron

confundir diferencia con desigualdad (pero sin causa verdadera para ello, y mucho menos para convertir esa confusión en violencia, toda vez que nada les prohibía esforzarse por efectuar un desplazamiento desde la diferencia a la igualdad, esto es, de la carencia a la obtención, posesión y disfrute de uno o de varios automóviles), cómo, queremos repetir, esa separación en propietarios de automóvil y viajeros de autobús o viandantes pudo, sí, ser tal vez y en cierta manera uno de los más superficiales motivos de la discordia que dio lugar al contratiempo —originado, no se olvide, por la subversión de un foráneo—. Pero —y sobre esto nos demoraremos en seguida, siquiera sólo sea enumerando la sucesión de los hechos que se produjeron, y con ello se advertirá la falacia y la poca seriedad científica de los informes de nuestros enemigos— en modo alguno lo sucedido autoriza a ningún analista a suponer que el contratiempo pueda ofrecer una interpretación tan primitiva como la de llamar lucha de clases a la contienda que se produjo, que, desde luego, no debemos negarlo, llegó a ser tan bárbara y sanguinaria que ya nadie reconocía en los componentes de los diversos bandos a aquella sociedad tolerante, paciente, alegre y admirable que es ejemplo de otros y a la vez envidia de todos. Llegaremos a ello, pero séanos ahora permitida una observación más sobre nuestra fluidez sociomoral (recuérdese: producción→consumo→igualdad→felicidad), y ella es la de que, como queda dicho, el sistema y sus impulsores, y nosotros los ciudadanos, o al menos la mitad de nosotros, sentimos, sí, una leve, casi exquisita preferencia por el libre esfuerzo de alcanzar la igualdad por sobre el libre afán de asumir a la diferencia; repetiremos —por última vez, ya que estamos seguros de que este informe se confecciona para adultos— que sería totalmente inicuo suponer que esa leve inclinación signifique, de ninguna manera, menoscabo o desdén al albedrío o al destino del diferente. Al menos, del diferente como multitud. Y esta matización en modo alguno es aquí ociosa: la diferencia como multitud es prácticamente tan necesaria al bienestar y al equilibrio de nuestro sistema como la multitudinaria igualdad. Es decir: la multitud de propietarios de automóvil no es más imprescindible para la consolidación de las bases de nuestra dicha que la otra multitud que nos completa como sociedad y que nos equilibra como comunidad feliz, y que es la multitud de los viajeros de autobús y viandantes forzosos o, por decirlo con mayor precisión, ciudadanos libres de no alcanzar los haberes con que sufragar el precio del transporte público. Ambas dos multitudes mutuamente se complementan, se imbrican y casi se confunden en la tarea de construir nuestro formidable edificio social. Pero —y esta matización es sutilísima y a la vez es inexcusable— así como desde la

multitud de propietarios de automóvil no es concebible que se desprenda un individuo antisocial que ponga en duda la excelencia de nuestro sistema, ni, por tanto, pueda propagar la infección del descontento o de la ingratitud, de entre la multitud de usuarios de los transportes públicos y de viandantes pueden, por el contrario, brotar —y de hecho brotan— descontentos y desviados. Bien es verdad que ello sucede pocas veces y con escasa o nula convicción de su parte, por cuanto ellos no ignoran que son libres, es decir, que su diferencia se amamanta en la libertad radical del sistema, y si alguna vez sus veleidades de atentar contra su propia libertad llegan a alcanzar naturaleza peligrosa la acción de nuestra Policía para la Persuasión del Ciudadano Diferente (PPCD) persuade raudamente a los grupos de revoltosos mostrándoles lo injusto —y lo inútil— de sus reclamaciones: es un contrasentido ser libre, y a la vez diferente, y a la vez descontento; es un contrasentido disfrutar plenamente de un sistema perfecto y al mismo tiempo criticarlo. Cuando ello ocurre, nuestra PPCD asume diligentemente el esfuerzo de poner orden en tales confusiones, y en poquísimo tiempo los confusos comprenden no ya sólo que no tienen derecho a vivir víctimas de los contrasentidos sino también que ese género de vida puede incluso agredir a su salud mental; por cierto que a veces esto ocurre, y entonces los confusos han de ser instalados en clínicas psiquiátricas, equipadas con tan modernas posibilidades quimiotécnicas y persuacientíficas que prontamente sanan del sufrimiento de su contrasentido, y regresan, por usar nuevamente una bella metáfora, al útero social, henchidos de gratitud y de entusiasmo (sólo unos cuantos ciudadanos brutalmente recalcitrantes permanecen enfermos, y ello es cosa que tienen apenados y absortos a nuestros Científicos Activos para la Gobernación de Brutales —CAGB—). De modo que estas ocasionales recaídas de ingratitud y descontento colectivos no significan, en rigor, nada tan alarmante que pudiera o pudiese —de entrambas formas es correcto expresarlo— sobresaltar la normativa de nuestro sistema, pues basta en realidad, aparte de la acción presurosa de la PPCD, hacerles ver a los pacientes que el privilegio de ser libres y a la vez diferentes es algo que no tiene precio, y ello sin omitir el argumento, o más bien el axioma, de que tan libres como para ser diferentes lo son para pasar a ser iguales, y que en función de ello sólo basta que a sí mismos se exijan el esfuerzo, no necesariamente inaudito, de desplazarse hasta llegar a la igualdad, en donde les espera un automóvil formidable, causa de envidia —por su línea, su bajo consumo y su resistencia increíble— de la tecnología extranjera. Ellos, que en el fondo son aplicados, que no carecen de la inteligencia precisa para distinguir

el espejismo del verdadero oasis, lo entienden con premura, y de hecho tan lo entienden que se disponen al esfuerzo —lo repito: no siempre extenuante— de desplazarse desde la igualdad de la diferencia a la igualdad de la igualdad. No son, por lo antedicho, los mencionados ciudadanos, motivo de preocupación; la diferencia como multitud, lo repito, cuenta con toda nuestra simpatía y todo nuestro estímulo para que cunda en ella el espíritu de la superación. Mas hay, no obstante, otro tipo de diferencia, y ella sí es peligrosa: se trata de la Diferencia Solitaria y Extrañamente Descontenta y a la vez Satisfecha. Estos ciudadanos, o mejor es llamarles individuos, pues no merecen otro apelativo, además de plantear un problema a nuestro departamento de siglas (DS), ya que para designarlos tuvimos que tolerar un grupo de iniciales que tiene toda la apariencia de un desvarío de vacilaciones, nada acordes con nuestra lógica nacional (DSED'S: no se nos negará que estas siglas parecen extranjeras), éstos, repito, ejercen una diferencia peligrosa, como ya quedó expuesto; y más aún: triplemente peligrosa. De un lado, es peligrosa su conducta para el resto de la comunidad diferente o no motorizada; al mismo tiempo, lo es también para la comunidad motorizada; y finalmente, lo es también para los funcionarios del Palacio de Investigación de Conductas Inconcebibles (PICI). ¿Cuál es la característica de esa conducta tan tumultuosamente nociva? El mero hecho de expresarlo en palabras ya produce bochorno: esos inconcebibles son aquellos que pudiendo instalarse en la comunidad de iguales, es decir, pudiendo disfrutar de un automóvil propio, se niegan a adquirirlo y viajan en los transportes públicos, e incluso emplean su tiempo (¡pero no es sólo suyo: es también de la comunidad!) en maratonianos paseos. Considérese con atención hasta qué punto es enojoso —me atrevería a agregar: punible— el problema que nos plantean estos increíbles seres, sin embargo aborígenes: 1.°, son potencialmente iguales y sin embargo no lo son en la práctica; 2.°, no son objetivamente diferentes y lo son sin embargo; 3.°, son a la vez diferentes e iguales; 4.°, son iguales que los diferentes y diferentes de los iguales, sin dejar de ser a un tiempo, como claramente hemos visto, potencialmente iguales y prácticamente diferentes; 5.°, son diferentemente iguales y diferentemente diferentes; y 6.° (y esta es, de entre todas las evidencias, la verdaderamente pavorosa): no son iguales y no son diferentes. Hay que decirlo con claridad y con coraje: no existe promontorio, pliegue o rincón del universo en donde pueda devenir sosegadamente una comunidad capaz de tolerar sin horror la conducta de estos extraños. No hay comunidad, ni siquiera la nuestra, con semejante capacidad de integración. No es posible integrarlos. No queda, pues, más

solución que la de vigilarlos. Y cuando es necesario, encarcelarlos. Y cuando es dolorosamente imprescindible, ejecutarlos. Aunque no es tolerable consentir la suposición de que esto pueda suceder con frecuencia. Por lo común, basta con la labor de vigilancia: nuestros funcionarios de PICI, sobre ser abundantes (para cada uno de estos inusitados aborígenes ejercen su trabajo entre dos y seis vigilantes) han obtenido todos una tan alta calificación en astucia y en diligencia (amén de otros saberes, como ser la ventriloquia, el funambulismo, el travestismo, la transmigración, la levitación, las artes marciales, la paciencia, la opacidad, la intimidación, la simpatía, etcétera) que es furiosamente improbable a), *que el número de los inusitados se extienda hasta límites irreversibles, y* b), *que su capacidad de infección llegue a constituir una seria amenaza para nuestra comunidad, al menos en las situaciones normales, pues sería indecoroso negar que —y volveremos sobre ello— en una situación extraordinaria como la que llegó a crearse en el curso del contratiempo fueron, sí, casi protagonistas, como este informe mostrará puntualmente. Mas permítasenos que primero establezcamos por qué pueden llegar a ser tan peligrosos estos difereiguales, o igualifederentes, o como quiera que debamos nombrar a esta fauna tan procelosa y preocupante que ni nombre exacto consiente. Son, como queda anotado, peligrosos en triple circunstancia. Por un lado, lo son para nuestra comunidad de iguales porque éstos, ante la inescrutable conducta de unos iguales que no son sus iguales pueden llegar a sentir dudas sobre su propia, legítima y probada igualdad. Por otro lado, son nocivos para la multitud de diferentes porque, ante esos otros diferentes que bien pudieran ser iguales, que potencialmente lo son, y que por ello son diferentes de los diferentes, los legítimos diferentes pueden llegar a abrigar dudas sobre su propia diferencia, y consiguientemente, aconsejados por sus dudas, podrían incluso perder el orgullo de ser lo que son —diferentes— y la ambición de ser lo que pueden llegar a ser —iguales—, ya que el lenguaje de la duda se complace en perder a los hombres, o al menos en inmovilizarlos; ¿y cuáles serían las consecuencias de una tan monstruosa inmovilización colectiva? Peores en todo caso que las de una movilización colectiva (de hecho, pudiérase decir que el contratiempo fue un fenómeno parecido al de una movilización colectiva, y enfrentada entre sí, además, y ello no supuso en modo alguno el resquebrajamiento de las bases de nuestra sociedad; estamos en disposición de asegurar que, al contrario, sirvió para consolidarlas). Y por último, esos difereiguales, tan espantosos que hasta el nombre esquivan, son nocivos no ya sólo para los funcionarios del Palacio de Investigación de Conductas*

Inconcebibles (toda vez que, no obstante la diligencia, la astucia, la levitación, etcétera, de dichos funcionarios, es un hecho que los difereiguales siguen testarudamente existiendo). sino, de forma general, para todas las instituciones de nuestra sociedad, ya que ellas existen para la consecución, consolidación y acrecentamiento del bien común, y esos infames igualifederentes no sólo ejercen la soberbia de renunciar a los bienes comunes más bellos y veloces (recuérdese que la lluvia de marcas, líneas, detalles, colores, resistencias, etcétera, es un verdadero diluvio que desciende sobre nuestra comunidad como aguacero sobre sediento páramo, si es que otra vez se nos consiente el socorro de la belleza metafórica), sino que pudieran amenazar con infectar a iguales, diferentes, gobernantes, funcionarios... Horrible. Peor aún: caótico. ¿Se comprenderá, pues, por qué nuestras instituciones, si no corren peligro de desmoronamiento —eso nunca— sí han de soportar el acoso de la perplejidad e incluso de la cólera? Y si se tiene en cuenta que toda nuestra filosofía social se asienta sobre la placidez y la bondad de la comunidad, tan compartidas —y más diría: creadas— por las instituciones, ¿cómo no comprender que esa cólera institucional que tienen la desdicha, y el deber, de sentir nuestros funcionarios y jefes, es una deuda más que cargar a la cuenta de los difereiguales? Pero lejos de nuestro ánimo parecer ni vengativos ni alarmistas. Tanto menos cuanto que, como queda expresado, ni el número ni la capacidad de contagio de estos innominados son cosa tan crecida como para temer el éxito de su gestión. Son peligrosos, sí, mas no en exceso. Entre otras causas, porque no son muchos. Y es que no pueden serlo. Es materialmente imposible: ¿cómo una sociedad perfecta podría incubar su propia destrucción? Sencillamente, eso no es concebible. ¿Y quién podría padecer un extravío tal como para concebir lo que no es concebible, imaginar lo inimaginable, y mucho menos realizar lo que no es realizable? Nos complace violentamente mostrar a través de este informe cómo, por más que la subversión laboró con alevosía, justamente para posibilitar lo imposible —oh cuán poco realistas fueron—, no sólo no lo consiguieron sino que, antes bien, nuestra salud social salió del contratiempo reforzada. Pero no negaré que resultó difícil; aunque, ¿cuándo fue fácil conquista alguna encaminada a mejorar el mundo? Nunca: preguntad a los libros, interrogad a los ancianos; y todos ellos os dirán hasta dónde puede ser laboriosa la lucha del Bien contra cuantos pretenden horadarlo. Y a fe que durante el mentado contratiempo intentaron no ya horadar el Bien sino asombrosamente destruirlo. Pero he aquí que al redactar las líneas que anteceden, la mesura, la justicia, y hasta el amor a la comunidad a que pertenecemos,

han cautelosamente parado nuestra mano: ¿Por qué —parecía preguntar dicha mesura a nuestra también dicha mano—, por qué usar el plural de forma tan desprevenida? Cierto que concurrieron los malos ciudadanos en la primicia de lo que se pretendía que acabara en desastre, e incluso cierto que en un momento dado la comunidad entera se extravió en la agresión, la aniquilación y el pillaje, pero —prosigue interrogando la justicia y escuchando la mano—, ¿acaso las investigaciones ulteriores no establecieron irrefutablemente que el origen de todo nos llegó, como una maldición, del esfuerzo de un extranjero? Es verdad. Una y mil veces es verdad. Y no podía ser de otro modo: en nuestra sociedad es material y espiritualmente imposible que surja un contratiempo de tales catastróficas dimensiones a no ser que intervenga —como es notorio que ocurrió en el caso motivo de este informe— una mano foránea, o al menos el concurso de algún suceso interno de naturaleza absolutamente infernal; de hecho, nada remotamente parecido al contratiempo había nuestra Ciudad sufrido desde aquellos lóbregos días en que todo salió de sus casillas a causa de la emocionante persecución de aquel engendro que violó a veintidós menores y una sirvienta y que ni siquiera pudo declarar rectamente en el juicio que lo condenó, ya que era sordomudo el malvado. Pero puede dar por seguro nuestra comunidad que esta vez el culpable responderá de su crimen abominable y que lo hará en correcto idioma, o casi correcto, ya que, aunque desde luego es beneficiario de nuestro lenguaje —vergüenza da tenerlo que admitir—, sin embargo arrastra las erres. Y no es ésta la única característica del culpable que ya conoce nuestra policía. Sabemos mucho más. Por ejemplo: que sus acompañantes han de tolerarle una estatura superior a dos metros (¿complejos? ¿nosotros? ¡al contrario!: ello hará más sencillo el trabajo de localización y de captura). Sabemos asimismo que aparenta un tercio menos de edad de la que tiene, y aunque si bien esa característica puede a primera vista ayudarle a desorientar a sus perseguidores, en el fondo contribuirá también a su acorralamiento, ya que todo dato personal que lo distinga de la gente común elimina a infinidad de sospechosos y contribuye a contraer el cerco en cuyo centro se encuentran su persona, su crimen, nuestra alegría y la equidad que habrá de ajusticiarlo sin compasión. Conocemos, en fin, lo suficiente sobre tal foráneo (su edad, sus señas personales, su profesión —subversiva, como era de esperar—, sus viajes, sus amistades, sus libros predilectos, su música de preferencia —no ignoramos, por ejemplo, que toca la trompeta—, sus frecuentemente distintos domicilios, que con inconcebible ingenuidad a menudo supone poco menos que clandestinos...), en fin, lo suficiente, repetimos,

como para que resulte ridícula la idea de que pudiera ocultarse a la diligente mirada del castigo. Sabemos de él cuanto es preciso para nuestros fines, y ello hasta límites extraordinarios; por ejemplo: sabemos que llama —sin duda es lenguaje cifrado, cosa obligada en los espías— a muchos de sus cómplices exactamente así: croponios; *que llamas* mufas *a sus enemigos —por cierto: son legión—; que su nombre, aunque cortado contiene a la palabra azar, no por ello contribuirá a hacer menos exacta ni menos azarosa su captura; y etcétera, y etcétera. O dicho de una sola y magnífica vez: sabemos de él ya más que cuanto sabe él mismo de sí mismo, desde lo que ya ha sido consignado en líneas precedentes hasta cuanto calla con prudencia este informe a fin de no obstruir la eficacia de la justicia (que aún se encuentra en su etapa de discreción e incluso de confección y propagación de pistas simuladas, por lo que el lector de este informe hará bien en no dar por enteramente veraces las conclusiones a que pueda llegar en solitario a la vista de las referencias que aquí se proporcionan; aunque desde ahora mismo es bien venido si esta deliberada bruma le anima a prestarnos su colaboración), y hasta ni siquiera desconocemos que el foráneo tiene por afición la redacción de informes. Este descubrimiento nos condujo al conocimiento de su identidad; en efecto, una vez rastreada esa afición que usurpa, nuestro Lectura Sigilosa Department (LSD) examinó pacientemente toda su actividad informativa y encontró, sin asomo de duda, que uno de sus informes voceaba su culpabilidad: en él, ese foráneo ¡nada menos que discurría con demoníaco sarcasmo —y engañosa ternura: también él proporciona pistas falsas— sobre una carretera, unos iguales, algunos miles de automóviles! ¿Comprendéis? ¡El foráneo oculta en su pasado una horrenda parodia de alguna caravana de automóviles a lo largo de una autopista que se llama del Sur! O dicho con exactitud: ¡odia los automóviles, tanto más cuando son tumulto! Ya no son menester más pruebas para asegurar que solamente él fue quien, con odio horrible disfrazado de compasión, inició una mañana, en un paso de cebra, el contratiempo. Lo hizo con premeditación, friamente, como trabajan nuestros enemigos. Un automovilista que pudo despavoridamente escapar de un atasco atropelló a una muchacha en un paso de cebra. El accidente fue ciertamente lamentable pero fue un accidente, y ni siquiera fue el primero: ya en otras ocasiones, al sustraerse de una aglomeración, la alegría de un automovilista le había ofuscado los reflejos hasta conducirle a una embestida imprevisible y más o menos catastrófica. ¿O creyó ese foráneo que aquel cadáver de muchacha era acaso el primero? Y sin embargo se comportó como si lo creyera: gritó, vociferó, e incluso le pegó al propietario del automóvil aludiendo*

nada menos que a un crimen. Hasta aquí, pudiérase pensar que el foráneo creyó acaso que ese accidente fue cosa extraordinaria; que, en fin, desconocía que en nuestra sociedad tales cosas ocurren, a tal punto que su reparación está prevista (¿por qué, si no, habría de funcionar tan diligentemente nuestro Departamento de Indemnizaciones, por qué?); pero demostró que fingía cuando, exultante de subversión, arengó a viandantes diversos, y sin duda debió de imprimir gran acaloramiento a su mitin, puesto que logró que su vesánica oratoria enardeciera a los tradicionalmente mansísimos peatones, a quienes el disfrute de su diferencia, reconocida y hasta garantizada por el sistema, solía inundar de plenitud y por ello de ejemplar calma; y sin embargo, a la sazón, y por culpa del maquiavélico orador, acorralaron al asustado propietario del automóvil inocentemente homicida y a puntapiés y dentelladas lo asesinaron sin piedad y con tal saña que costaría después mucho trabajo e inclusive vacilaciones a los familiares del finado reconocer los restos no ya sólo del muerto sino también del automóvil, pues los furiosos, tras aniquilar carniceramente al responsable de la muerte accidental de la muchacha, parecieron cargarse de condenación y delirio y volcaron el coche, lo apedrearon, lo golpearon con rejas de balcón previamente arrancadas de un mismo, y finalmente le prendieron fuego, y allí permanecieron con los ojos inyectados en sangre contemplando la hoguera con horrorosa euforia y haciendo corro en redor suyo hasta que la autoridad les persuadió a que huyeran en exceso, ya que a nadie se pudo detener. Mas lo peor no fue la velocidad de los criminales, tanto para efectuar su asesinato como para evitar el castigo legal, sino que ambas noticias recorrieron en poco tiempo la Ciudad y, así, se supo prontamente que una horda de diferentes encabezados por diversos difereiguales y éstos estimulados a su vez por un foráneo habían «ajusticiado a un criminal»: entrecomillamos la frase porque así es como las hordas de diferentes, sin duda aconsejados por algún difereigual con veleidades literarias, bautizaron a lo que sólo fue homicidio impremeditado; pero el hecho es que pese a tal manifiesta impremeditación el suceso no sólo motivó, como hemos visto, el enfurecimiento inusitado de varios ciudadanos que sin duda enmascararon su indecorosa envidia a la propiedad de un igual tratando de hacerla parecer un acto de justicia (¡Justicia, justicia!, gritaban esos desalmados mientras danzaban en corro alrrededor de las llamas que desfiguraban definitivamente el bellísimo automóvil propiedad del igual ya muerto), sino que motivó también, de acuerdo con los estudios que ulteriormente efectuara una comisión de Psicólogos para Asociales y Xenófilos (PAX), prácticamente toda la dialéctica vertiginosa y bárbara que luego hubimos de llamar contratiempo. Pues,

¿cómo no advertir que cuando a la mañana siguiente un automovilista, que no podría esgrimir como un atenuante el venir excitado por embotellamiento alguno —ya que el hecho ocurrió de madrugada, hora en que la Ciudad parece resueltamente un desierto de sosiego—, al embestir a una anciana en medio de una acera para peatones lo hizo sin duda recordando al camarada que horas antes había tenido la fortuna de morir destrozado sin tener que contemplar el horroroso destrozo de su coche? A partir de esa etapa el contratiempo comenzó a crecer, tanto en velocidad como en matices, tanto en acontecimientos sangrientos como en sucesos de la imaginación (pues, digámoslo con la modestia del paréntesis, es justamente la imaginación una de las características más preclaras de nuestra sociedad), y así, en el Departamento de Cómputos e Investigación de Avisos (DCIA) se obtuvo la irrefutable conclusión de que en los días siguientes las denuncias por estacionamiento indebido —es decir, en aceras, doble fila, pasos de cebra, terreno reservado para carga y descarga de viajeros o frutas u otros comestibles, entradas de garajes, etcétera— se debieron en su notoria mayoría no a los agentes de la autoridad y ni siquiera a funcionarios del Estado, sino al afán de ciudadanos diferentes, bien por manifestar su rencor contra los iguales, bien por colaborar con los encargados del tráfico, pues si es cierto que si algunas denuncias pudieron parecer delaciones, ya que se hacían por teléfono y sin que el delator se autoidentificase, es igualmente cierto que muchos diferentes, al descubrir un turismo mal aparcado, corrían al más próximo cuartel de policía del tráfico, o interpelaban a un guardia para que cumpliera con su deber, o incluso se desplazaban hasta las alejadas cocheras de las grúas para acompañar personalmente al conductor de grúa que habría de secuestrar el turismo mal puesto, y en todos estos casos los ciudadanos denunciantes comenzaban por proclamar su propio nombre con civismo conmovedor. La imaginativa respuesta de la comunidad de iguales ante tal endurecimiento súbito de los problemas de estacionamiento (e inclusive de tránsito: a menudo los autos eran apedreados al circular hasta por su derecha) fue la instantánea decisión casi unánime de denunciar a cuantos peatones transgredieran las leyes de circulación, y a causa de ello alcanzó a ser prácticamente inconcebible que un peatón pudiera apoyar un solo pie fuera de las aceras a él destinadas o cruzar una calle con el semáforo en rojo o ámbar sin que al punto un igual no lo enfocara con su coche y, así, amenazándolo con derribarlo y rodar sobre él (aunque ello, por el momento, no ocurría a menudo), lo condujera a la comisaría para que pagara la multa correspondiente a su temeridad. Habrá que convenir en que también a estas denuncias es menester examinarlas con aten-

ción; y más: con equidad; pues si no hay duda de que si a algunas de ellas las motivaba la venganza, es de admirar que a otras las motivaba únicamente el buen deseo de hacerles comprender a los temerarios distraídos que podrían ser considerados como provocadores y así incitar a otros iguales, de nervios peor templados, y morir. Lo cierto es que las denuncias, tanto del diferente contra el igual o el difereigual (¡y ha sido siempre tan difícil el distinguir a ambos sin un previo interrogatorio, que a veces basta con que sea ordinario, mas que a menudo ha de ser especial!), como de los iguales contra los no beneficiarios de automóvil, si es verdad que por unos días consiguieron una ordenación del tránsito tan admirable que superaba hasta a los sueños más meticulosos de nuestros encargados de redactar las ordenanzas relativas al tráfico rodado y peatonal (más tarde, cuando concluyó el contratiempo, los redactores de ordenanzas urbanísticas reunieron toda la documentación existente sobre esta etapa de denuncias, humildemente dispuestos a aprender cuanto de ejemplar y eficaz hubo tenido ese afán denunciante, a fin de codificar con ulterioridad un sistema de incentivos, premios, reducciones de pena, etcétera, para quienes con sus denuncias de contravenciones contribuyèren a conseguir la fluidez rodada y peatonal de nuestra nuevamente feliz comunidad), es también cierto que esa fiebre de perfección que de uno y otro lado se produjo no careció a menudo de una cierta agresividad: pues, en efecto, llegó a ser una escena habitual la de tal o cual guardia atendiendo la delación de un diferente y a la vez la denuncia de un igual, y teniendo que dejar caer al suelo tanto el block como el lápiz, toda vez que la tensión entre los denunciantes antagónicos crecía de tal manera que el diverso civismo daba con los tres en los gritos, las amenazas o directamente en las hostias; aunque aquí se hace necesario no silenciar el aspecto democrático y equitativo del sistema, pues que el guardia, sin favoritismo ninguno y con paralela diligencia, zurraba por igual a uno y a otro, y era a su vez zurrado por las entrambas partes, que además se zurraban entre sí. Los informes de nuestros enemigos mentirían que estas escenas eran bochornosas, sin advertir que en ellas se hacía patente la renuncia a todo privilegio. El problema solía complicarse después en las dependencias de las clínicas a que eran conducidos los contendientes para su calma y cura, pues sucedía que parte de los médicos y de las enfermeras propietarios de coches atendían con mimo a los iguales, y con aspereza, explicable pero no justa, para con los diferentes, que, claro está, no contenían entre sus documentos identificatorios (pues, es cierto, a menudo estos heridos llegaban a la clínica con pérdida de conocimiento, cosa muy natural habida cuenta de la abundante pérdida de sangre o de masa encefáli-

ca), no contenían, repetimos, carnet de conducir. Y tal trato causaba de inmediato la protesta legítima de otros peatones, otros médicos, y aún de otros guardias que cumpliendo sus deberes profesionales hubieren contribuido al traslado de los heridos; y ante la cerrazón y el endurecimiento de algún eventual enfermero, obstinado en ignorar que todo moribundo es sagrado, se produjeron con frecuencia creciente escenas de lamentable saña colectiva en el silencio mismo de clínicas y de hospitales, hasta el punto de que no han faltado informadores malevolentes que han sostenido que el contratiempo tuvo su origen precisamente en los lugares que estaban destinados a mitigar el sufrimiento de los heridos y a amortajar con rapidez y con tristeza a los cadáveres: ¡véase cuán demagógicos y falsos alcanzaron a ser los argumentos de quienes con razón nos envidian y sin causa nos odian! Y es que nada hay tan tentador a las babas de la maldad como una sociedad dichosa. Cierto que por aquellos días, para conseguir advertir cuán dichosa es nuestra sociedad había que recurrir a la memoria o la esperanza, había que examinar la venerable perfección de nuestro pasado o imaginar la belleza indudable de nuestro porvenir; el presente, lo que se llama propiamente presente, hallábase algo turbio, de manera que resultaba lógico, aunque precipitado, que algunos ofuscados conjeturasen que del estado del presente sobrevendría la destrucción de la Ciudad, o algo inclusive más insano: que advendría la anarquía. Como quiera que en toda comunidad libre es posible la aparición de espíritus disolventes, hubo entes de esa laya que vaticinaban un porvenir anárquico, cuando bien claro está que todo cuanto ocurría de negativo durante aquellos días es que en nuestro sistema se introdujo una porción de confusión e incertidumbre. Precisamente, incertidumbre es la palabra que de modo cabal explica (pues todo tiene explicación) el hecho extraño de que en aquellos días los taxistas, creyendo que con tal conducta defendían sus propios intereses, tendían a solidarizarse no con iguales sino con peatones, error que con premura abandonaron cuando entre los cadáveres de diversos iguales que empezaron a verse colgados por el cuello en las farolas de las avenidas se advirtió con horror que en tal fruta macabra no faltaba la participación taxista. A esta altura del contratiempo los iguales tuvieron tal dificultad para contener sus estados de nervios que una tarde, cuando escasos miles de diferentes se manifestaban para exigir una mayor racionalización del tráfico rodado y el respeto a los pasos de cebra, una decena de automovilistas briosamente se lanzaron contra la turba con los motores en tercera y dejaron, antes de perderse por una calle transversal, un par de centenares de entre muertos y heridos de diversa consideración, leves la mayoría, lo cual no mitigó el

número de peatones (seiscientos, según cálculos oficiales; ciento cincuenta mil, según la exagerada estimación de la Prensa llamada independiente) que a la mañana siguiente, al despuntar el sol, se aglomeraron a las puertas de las comisarías formando dilatadas colas de cuatro o seis en fondo con el propósito de caudalosamente denunciar infracciones de tráfico; tales colas persistieron por espacio de días diversos y aseguraron una concurrencia tan obesa y fluida que algunas academias de automovilismo se ofrecieron a los peatones para, mediante el pago de una tarifa exactamente igual para todos, enseñarles a denunciar de acuerdo con las leyes del tráfico, servicio que, si bien a corto plazo no parecía amparar a otra cosa que al afán rencoroso de los denunciadores, a largo plazo habría de significar que un gran número de diferentes tuvieran ya medio camino recorrido hacia el status de la comunidad de iguales, ésos precisamente a los que ahora denunciaban con odio y que mañana serían, o pasado mañana, cumplidos camaradas suyos, cosa que evidencia la maravillosa movilidad social de nuestro sistema, movilidad que, como se comprueba, no disminuye ni siquiera en situaciones delicadas. Porque, nobleza obliga, la situación, ciertamente, era delicada. Se pensó, desde luego, suavizarla mediante la movilización del ejército, pero esa medida, sobre ser algo que habría podido consolidar, al menos aparentemente, los argumentos más falaces de las potencias enemigas, hubiera sido sumamente arriesgada, ya que, según una encuesta secreta efectuada en todos los cuarteles, las fuerzas motorizadas y las fuerzas de a pie no parecían encontrarse en unánime disposición, de tal suerte que se temía que pudieran disputar entre sí, y además se ignoraba qué frente habría adoptado la marina, ni rodante ni caminante, en una situación de emergencia, de modo que la prudencia aconsejó no estimular el contento de las potencias extranjeras, que, a no dudarlo, deseaban la aparición de las tropas en nuestras calles para chillar, como suelen hacerlo, que nuestra sociedad no es democrática. Y democráticamente continuó desarrollándose la espiral del ya durable contratiempo, pues, si un día, huyendo de una jauría de peatones, un automovilista arrollaba a un niño y desde luego no osaba por ello desdeñar el acelerador, a las pocas horas algunos diferentes, tras haber anotado la matrícula e investigado la identidad del conductor, hallábanlo, apresábanlo y linchábanlo; y así sucesivamente. Los ciudadanos motorizados comenzaron a desplazarse únicamente en caravanas nutridas y compactas a fin de evitar los asaltos; y los peatones, que a la sazón ya no se desplazaban sino en grupos de cien o de doscientos, idearon acorazarse por el frente de cada grupo con lanzas, rejas y otros utensilios puntiagudos, como ser metralletas y escopetas de caza, a fin de prevenir alguna

ocasional embestida de automóviles, o de morir matando si ésta se producía. Al llegar a este punto del informe, el lector de ninguna manera deberá suponer que las autoridades permanecían cruzadas de brazos; es verdad que se había decidido demostrar a las potencias adversarias y vociferantes que nuestra democracia no cedería, que no haría intervenir a los ejércitos, pues que nuestras instituciones se bastaban para controlar ese delirio momentáneo, pero es verdad también que en aquella etapa el número de detenidos desbordó los sótanos de las comisarías, inundó escaleras, pasillos, recibidores, oficinas, retretes; la inmensa mayoría de tales detenidos eran, como no habrá dejado de adivinar el lector de este informe, difereiguales convictos y confesos que tras los interrogatorios ordinarios o especiales, según lo requiriera cada caso, confesaban su culpa. A las ejecuciones de los culpables asistían grandes concentraciones de automovilistas que, regocijados de justicia, improvisaban una estrepitosa sinfonía de claxons y de gritos en el momento justo en que en el reo se operaba la metamorfosis que, desde el difereigual, lo desplazaba hasta el cadáver. Eran unos momentos de unanimidad extraordinaria, y de alegría colectiva tan cuantiosa que estas moles de ciudadanos estimaban cuasi un regalo el Impuesto de Ejecuciones que habían de pagar por asistir a ellas, y que había sido inaugurado no ya sin ánimo de lucro sino porque se disponía de información según la cual una potencia enemiga se preparaba para cruzar nuestras fronteras y, si esto llegaba a producirse, los gastos de la guerra absorberían, como suele ocurrir, gran cantidad de emolumentos, y así lo comprendían los ciudadanos, que, aunque nuestros informes de amenaza de guerra eran extremadamente secretos, no carecieron sin embargo de ciertas filtraciones y rumores que, por un lado, les avisaba de la posibilidad de la contienda y, por otro, los preparaba para que pusieran a prueba su tradicional bizarría. Pero por el momento los ciudadanos demostraban su bizarría no en la defensa nacional sino tan sólo en las querellas intestinas, a tal punto que estas querellas llegaron a ser tan sanguinarias que no sólo se nutrían de sangre humana sino que también amenazaban con verter la sangre social; y, así, los consejos de administración de las fábricas de automóviles llegaron a considerar muy seriamente la posibilidad de pedir socorro a las fuerzas pacificadoras internacionales, pues, y esto parece innecesario anotarlo, la venta de automóviles disminuyó durante aquella etapa, aunque es digno de resaltar el ejemplar suceso de que hubo ciudadanos que aprovecharon la baja cotización del automóvil para adquirir cuatro, cinco o más de ellos, y no con fines lucrativos, no para venderlos más tarde a precios razonables (eso llegó a decirse por entonces: nunca faltan intérpretes oblícuos), sino por

patriotismo, por predicar con el ejemplo: para mostrarle al mundo cómo la fe se fortalece precisamente en las situaciones amargas. Mas paralelamente hubo de conocer un fortalecimiento la actividad de los peatones; éstos, a cada nueva subida del precio del petróleo, se organizaban en caudalosas manifestaciones (pero nunca llegaron a reunirse los seis millones que solían estimar las cifras de la Prensa autodenominada independiente) y, armados de pegatinas, pancartas y banderas, aplaudían frenéticamente el nuevo precio del barril de crudo y enronquecían gritando consignas de gratitud hacia los jeques árabes y los presidentes de los consejos de administración de las multinacionales, jeques y presidentes de quienes conocían puntualmente los nombres, nombres que pronunciaban con unción y gimiendo de agradecimiento y ternura, pensando quizá en los remotos tiempos en que el desplazamiento era aliviado por asno o bicicleta. A un anciano que en épocas casi olvidadas habíase ganado la vida atendiendo un taller de reparaciones de bicicios y venta de accesorios, los diferentes, mediante colecta popular, la erigieron una estatua en el gran parque central. El día de la inauguración de la inmensa estatua de bronce, mientras el casi antediluviano operario desteñía su condecoración con lágrimas, se intuyó que tamaña provocación no podía quedar sin respuesta, como así fue: a la mañana siguiente el viejo agasajado apareció, al pie de su propia recordación de bronce, hecho papilla, como si un centener de automóviles hubiesen rodado sobre su ancianidad, quedando ésta tan minuciosamente desfigurada que fue reconocido el mártir sólo gracias a que su condecoración, desteñida, sí, pero oportuna, se hallase sobre el lugar donde se sospechaba que hubo un tórax. El martirologio del constreñido y casi licuado líder hinchó de indignación a no menos de la mitad de la Ciudad, y minutos después de aparecer esa pasta de viejo, multitud de fogatas innecesarias —puesto que el día no carecía de luz solar— compitieron con el débil sol del invierno y aliviaron los rigores de éste, aunque es de lamentar que dentro de cada coche ardiendo se encontrase su conductor las más de las veces, haciendo grandes muecas de descontento durante los minutos que tardaba en morir calcinado; nada podían hacer los parques de bomberos para remediar la proliferación de las hogueras, puesto que los piquetes de peatones más belicosos eran precisamente los que hacían guardia ante los edificios de concentración de bomberos, y hasta obligaban a éstos a permanecer sentados alrededor de una mesa camilla y jugando al póker mientras los teléfonos afanosos chillaban con infatigable inutilidad. Al poco, en fin, de hallarse la Ciudad contrariada como queda descrito, la estabilidad ciudadana por cierto que no disminuyó más allá de límites tolerables, pero sería absurdo no reconocer

que algunos hábitos hubieron de ser modificados o postergados. Pasear, por ejemplo, se convirtió en una nostalgia o en una heroicidad. Acudir al trabajo, en auto, a pie o en bicicleta (autobuses ya no quedaban: los iguales habían prendido fuego a todos, y la fabricación de nuevas unidades carecía de sentido, pues hacían falta muchos obreros para poner uno en rodaje, y un solo automovilista con valentía y una lata de gasolina bastaba para incendiarlo entero desde los faros hasta la matrícula), llegó a ser una temeridad. La producción descendió de tal guisa que el costo del consumo sobrepasó el emolumento de casi todo ciudadano. La delincuencia invadió descaradamente el contexto social, ora en forma de atraco, ora en forma de estafa, ora con guante blanco, ora aprovisionada de puñal o tijera. Y entre tanto proseguía esta «guerra civil» (pues así continuaban apellidando al contratiempo los obstinados enemigos); verbigracia: a las mujeres que aceptaban la invitación de un automovilista, cuando eran atrapadas se les rapaba la cabeza en señal de desobediencia, de modo que hacer el amor de este modo llegó a ser un suceso enjoyado de riesgo; a los automovilistas que resolvían dejar de conducir, por ejemplo para mitigar la alarma de su ancianos padres, otros automovilistas menos irresolutos los amenazaban de muerte, cosa, por lo demás, que no siempre hallaba cumplimiento, aunque a veces, numerosas, sí hallaba, y aparecían los cadáveres en medio de las calles con un papel adherido en el pecho y en el que se informaba de que habíase efectuado la ejecución por haber el traidor propagado el ideario de los igualifederentes, especie que por cierto ya comenzaba a escasear, como es prudente imaginarlo. Y, en fin, esta competición o enfrentamiento, que durante diverso tiempo había observado ciertas leyes que le eran propias, comenzó lentamente a inobservar incluso esas sus leyes, y así hubimos de conocer un día la deplorable nueva de que incluso los automovilistas se exterminaban los unos con los otros entre sí. ¿Cómo era esto posible, cómo? La comprensión de una contienda entre diferentes e iguales ciertamente fue complicada pero alcanzó a no ser imposible, mas el exterminio de iguales por iguales sobrepasaba la instrumentación intelectual de los estudiosos; durante un tiempo, no muy largo pero infernal, asistimos a esa novedad con anonadamiento y terror. ¡Iguales contra iguales! Horrible, horrible. Por fortuna, nuestros servicios de espionaje (que, por cierto, trabajaban a pleno rendimiento y sólo para el interior, lo cual dejó las manos libres a nuestros enemigos foráneos, quienes aprovecharon con diligencia tan para ellos favorable circunstancia, como se habrá de ver cuando informemos del modo artero en que, sin ni siquiera declararla, nos hicieron la guerra), nuestros servicios de espionaje, decimos, tras inusitadas jornadas de

investigación en equipo (y no era fácil ello: unos espías tenían automóvil, otros no: recuérdese lo que esto llegó a significar), llegaron a saber que los peatones más osados y los ya muy escasos diferiguales que restaban habían conseguido infiltrarse en las filas de los iguales y sembrado en sus candorosas conciencias las cizañas de la envidia y la rebelión, mediante el sutilísimo procedimiento de hacer ver a los propietarios de coche pero no de plaza de garaje que otros automovilistas sí eran, además, beneficiarios de aparcamiento propio; esta gangrena sembrada tan arteramente por sibilímos diferentes desniveló la estabilidad de los iguales, desconcertó sus mentes, armó sus manos, ofuscó su bondad: inauguró una nueva dimensión del exterminio colectivo. Gracias a nuestros servicios de espionaje llegamos a descubrir, como queda descrito, el origen de esta nueva y temible etapa, pero el conocimiento de la desgracia no bastó para mitigarla, y así asistíamos frecuentemente a enormes desafíos de iguales que, aferrados a sus volantes, se embestían hasta quedar reducidos a deformes porciones de carne y de chatarra. Mas, por fortuna, no todos los iguales se aniquilaban de esta guisa; es decir, aniquilando al mismo tiempo el soporte de su igualdad. Decimos «por fortuna» no sólo por piedad hacia los automóviles, con toda certeza inocentes en esta ya compleja contienda, sino porque si cada enfrentamiento entre iguales hubiera o hubiese (recuérdese que ambas formas de expresión son correctas) acarreado consigo el aniquilamiento de sus respectivos automóviles, ello, sobre significar un tristísimo símbolo asocial, hubiera yugulado lo que en definitva acabó siendo el principio de la superación del contratiempo. Véase si no: sucedió que (además de, como queda dicho, advenir y durar la ya ciertamente enojosa carnicería entre diferentes e iguales) al iniciarse el nuevo ciclo en el que los iguales, que combatían con denuedo contra los desmotorizados, se exterminaban entre sí a causa de la ya mencionada infiltración que sirvió para ofuscarlos y enfrentarlos, muy a menudo se ultimaban no al volante de sus automóviles, sino, más gallardamente, a pie, usando de las sombras de la noche, del cobijo de las esquinas y del concurso de pistolas de diverso calibre, o bien de las navajas, cuchillos de cocina, pedruscos, hoces, horcas y, en fin, mediante el uso del frenético puntapié, o el estrangulamiento, o la acertada dentellada en la tráquea. Con lo cual comenzó a articularse un hecho favorable: de día en día crecía el número de automóviles viudos de propietario. Y, ciertamente no por piedad, sino, ya por rapiña, ya por emulación, ya por estrategia de lucha, el hecho es que abundantes diferentes comenzaron a —ilegítimamente— apropiarse del stock de automóviles que la matanza a pie entre iguales iba dejando disponibles. Ello, sobre ser, de alguna

manera, una prueba de lo acertado de nuestra filosofía social, pues no dejaba de ser significativo y desde luego emocionante el comprobar cómo el amor al automóvil no cejaba ni siquiera en tiempos tan duros, fue además un elemento de equilibrio; pues, en efecto, si una contienda entre diferentes e iguales nunca dejó de ser prácticamente equitativa (el recuento diario de cadáveres y su ulterior identificación y clasificación lo probaban con creces), la introducción de esa eventualidad que consistía en una subcontienda de iguales contra iguales desnivelaba el normal desarrollo del exterminio y amenazaba con producir un resultado injusto y alarmante; mas, sin embargo, al iniciarse el asalto de automóviles abandonados, sea cual fuere la causa del súbito afán de los diferentes por pertenecer a la comunidad de iguales, sucedió que también se inició el exterminio de diferentes entre sí; y, o bien algunos diferentes aniquilaban, a causa de la envidia, a quienes acababan de hacerse —ilegítimamente— propietarios de coche, o bien los degollaban vociferando que se trataba de traidores. El hecho es que el corrimiento de sangre cundió también en la comunidad de diferentes, ya no sólo en su contienda con iguales sino también por sí. (Haremos observar, entre paréntesis, hasta qué punto resultaban no ya tan sólo demagógicos, sino ridículos e ingenuos, los informes de nuestros enemigos exteriores cuando pretendían convencer a los desprevenidos asegurando que el contratiempo era una lucha entre clases: ya se comprueba que tan majadero diagnóstico, además de cretino, fue una prueba de hasta qué extremo esos teóricos debieran comenzar a enriquecer su instrumentación encaminada a obtener explicaciones más profundas de los movimientos de masas, y hasta qué extremo con sus encanecidas herramientas teóricas jamás alcanzarán una correcta comprensión de la vida moderna, ni desde luego de la estructura de nuestra sociedad, paradigmática e incluso adelantada a este respecto). Tenemos, pues, que, finalmente y paso a paso, nuestra de siempre dichosa sociedad llegó a evolucionar hasta alcanzar a ser, y nada sujetará la mano que nos sirve para escribirlo aquí, pues estamos obligados a honrar a la verdad, un a modo de infierno en el que ya no había otra aspiración inmediata que la de la aniquilación tentacular y general y en todas direcciones, a cualquier hora del día o de la noche, con desprecio de sexo y premeditación, con alevosía y con escalo; se exterminaban los iguales contra los diferentes, los diferentes contra los iguales (difereiguales, o igualifederentes, prácticamente no quedaban), pero también y simultáneamente iguales contra iguales y diferentes contra diferentes, hasta el punto de que a menudo los exterminadores ya ignoraban, cada vez más frecuentemente, si acababan de dar muerte a un diferente o a un igual, antes de ser extermina-

dos a su vez por alguien que ni siquiera se cuidaba de averiguar a qué bando pertenecía ése a quien lapidaba, desnucaba, incendiaba, estrangulaba o degollaba. No osaremos negar, pues no consentiríamos que nadie nos acusare de cometer demagogia o embuste en este informe, que la situación era, llegados ya a este punto, una clara contrariedad. Para ser totalmente sinceros, confesaremos que nuestra Honorable Oficina de Soluciones Tajantes, Inmediatas y Aceleradas (HOSTIA) ya no sabía qué hacer: la carnicería llegó a ser general. La sangre bajaba con majestuosa brutalidad por las aceras inundando regatos, alcantarillas, desniveles; se luchaba por la posesión de una esquina, por el disfrute de instrumento cualquiera que comportara punta o filo, por un mísero bidón de gasolina, por la ocasión de poder contratar guardaespaldas. La inminencia de la aniquilación produjo, además, una relajación de la moral que tuvo como consecuencia el ánimo presuroso del disfrute de los placeres de la carne, y ello cristalizó en tal acúmulo de violaciones que puede decirse, con sonrojo mas sin mentir, que no quedó doncella, casada, viuda, anciana, niña, cortesana o sirvienta, amén de algunas otras hembras del reino animal, que no obtuviese diversas violaciones, ya unitarias, ya colectivas, ya con mera penetración, ya con el añadido de muy variados complementos sádicos, algunos de ellos, por cierto, dictados por imaginaciones tan barrocas que hubieran producido admiración de no tratarse, como se trataba, de un asunto muy preocupante; y no ya sólo en lo tocante a la moral: es que, si a la violencia generalizada se sumaba, como se sumaba, tal oleada de sexo, ¿qué ejemplo heredarían de semejante situación las generaciones futuras? Esta formidable pregunta torturó a nuestros gobernantes, tanto a los vigorosos como a cuantos se hallaban instalados en la andropausia, a tal punto que ya desesperaban de hallar remedio a su disgusto y a su desconcierto. Por eso, cuando los ejércitos enemigos avasallaron traidoramente nuestras fronteras sin siquiera declararnos la guerra y suponiendo ingenuamente que el contratiempo nos dividía y nos convertía en vulnerables, ese suceso, tan canalla, fue providencial sin embargo. De un golpe, todos nuestros sistemas de comunicación proclamaron la alerta y llamaron a filas. La movilización fue general. Todo varón en caja, y todo reservista, y todo adolescente mayor de doce años, fue transportado con los contingentes de soldados a los diversos lugares donde pudieran establecerse frente de combate, al mismo tiempo que todas las mujeres, de la infancia a la ancianidad, engrosaron las filas de los servicios auxiliares. El enemigo, que tan neciamente creyó que nuestro contratiempo significaba nuestra desunión, desconocía la inconcebible reserva de fraternidad que alienta en el corazón de cada habitante de nuestra Ciudad, así como

que, llegado el momento de la expulsión y el escarmiento del invasor, ya no había en la ciudad diferentes ni iguales sino fieras de orgullo absolutamente dispuestas a combatir, espalda contra espalda, contra cuanto extranjero pretendiera hollar nuestro suelo. Hubo de súbito un espléndido tráfago de convoyes que organizadamente se apresuraron a cubrir las fronteras cargados de ciudadanos enjoyados de tan fiero entusiasmo nacional y con tal cantidad de determinación en el centro del entrecejo que los ejércitos enemigos, despavoridos y admirados, huyeron afrentosamente sin disparar ni recibir un solo tiro, con lo cual obtuvieron la espantosa derrota que incluso carece de mártires, y con lo que obtuvimos nosotros la maravillosa victoria de haber dado escarmiento al invasor sin contabilizar no ya una baja sino ni siquiera un herido. Es que huyeron tan rápidamente, con tan tempestuosa cobardía, que ni nos fue deparado divisarlos en las fronteras. Simplemente, aterrados ante nuestra decisión, nuestra organización y nuestro equipamiento, los adversarios se esfumaron. Nos detuvimos en nuestras fronteras contemplando la hermosura de los horizontes vacíos y comprendimos que el espanto de nuestros enemigos en huida les había convertido prácticamente en invisibles. Y comprendimos más: a la vista de esa vertiginosa huida, motivada por la increíble fuerza de nuestra temible unidad, comprendimos algo que había sido casi olvidado durante el contratiempo: supimos, sí, que jamás en la Tierra hubo ni habrá comunidad tan fraternal, Ciudad tan prieta y tan emocionante, individuos tan dispuestos en los momentos principales de la Historia a defenderse mutuamente desde el interminable y caudaloso venero del amor que nos une, nos da sentido y nos inmortaliza. Dejando en las fronteras unos retenes, más por adorno que por necesidad (pues, si no habíamos logrado divisar a los enemigos ni siquiera en el enfrentamiento, ¿cómo se iban a dejar ver tras su vergonzoso terror y su espectacular derrota?), regresamos a la Ciudad mirándonos los ojos con alegría y veneración los unos a los otros, y rompiendo a llorar al advertir que desde la Ciudad nos recibía el júbilo de todas las campanas, que celebraban de este modo no sólo la veloz victoria contra el ejército invasor, sino, a la vez, la victoria definitiva contra ese contratiempo que habíanos sumergido en un momentáneo delirio, que ahora dejaba paso a una perfección reforzada, y que objetivamente ha relatado el presente informe, lector. Con indescriptibles animación y diligencia se procedió a la retirada de los últimos cadáveres procedentes del ya casi olvidado contratiempo; fue limpiada con furiosa eficacia la sangre que afeaba aceras y paredes; fueron colgados farolitos y toda suerte de adornos en plazas, avenidas y parques, y comenzamos a disfrutar de una fiesta comunitaria

que habría de prolongarse a lo largo de treinta días y treinta y una noches. Nuestras autoridades hicieron repartir gratuitamente todo tipo de refrigerios, los accionistas de las fábricas de automóviles acumularon en los lugares públicos (museos, juzgados, iglesias, comisarías, cocheras, ateneos, academias de aprendizaje de conducción y oficinas de emisión de carnets de primera o segunda) opulentos montones de viandas y de refrescos sin alcohol, se dio suelta a numerosos millares de palomas, los expertos en pólvora provocaron la admiración de toda la comunidad lanzando a los espacios inconcebibles rosas de fuegos de artificio, fueron organizados dos caudalosos bailes (uno para los diferentes, otro para solaz de los iguales, pero inusitados entrambos), se instalaron innumerables altavoces que propagaban música por toda la Ciudad. sin escatimación de decibelios, y, en fin, durante los suso dichos treinta días y treinta y una noches no hubo lugar sobre la Tierra, y ni siquiera en la memoria nuestra, que gozase de fiesta tan altísima, ruidosa, variada y pertinaz. Nuestra felicidad fue tan sonora, merecida, colectiva e irreversible que todos los conciudadanos pasábamos con raudo afán de la risa del júbilo a las lágrimas de la gratitud, de suerte que hubo instantes en que la entera vecindad, como ente mitológico, lloraba, gemía y moqueaba al unísono con acordada dicha por haber reencontrado, tras violentísimos alaridos de arrepentimiento y contrición, la paz impar del mutuo amor que de nuevo demostraba tajantemente que nuestra sociedad es, cómo decirlo, viva metáfora de la armonía civil, o bien, cómo decirlo, estatua gigantesca erigida en honor de un destino común, alimento y ejemplo de las generaciones y envidia y desazón de extraños. Y así, entre danzas, palomas, refrigerios, músicas, risas, refrescos y fuegos de artificio, amén de grandes llantos de gozo por la ternura reencontrada, fueron las noches y los días deslizándose con estrépito hacia la reconciliación más absoluta que soñaran los siglos, los milenios y los poetas, hasta aquella mañana prodigiosa en que, acabados que fueron los treinta días de vocinglero y comunal asueto, y cuando ya quien más quien menos encontrábase derrengado y como desolado de dicha, malherido de amor y cuasi aplastado por la fraternidad, comenzó de pronto a sonar desde todos los altavoces, y con una portentosa potencia, un sonido que no por familiar dejaba de ser inmortal: un tumulto de claxons que expandían su ruido por las calles y los cielos de la Ciudad, que entraban hasta los postreros rincones de las casas por las ventanas y las puertas abiertas, que dialogaban consigo mismos y a su vez con los ciudadanos, y que lamían la memoria y el corazón de toda la comunidad, la cual, al oír súbitamente música tan estruendosa y propia, rompió a rugir con oceánico entusiasmo, rugido que

avanzó por el espacio con sideral e incontenible fuerza y que lamió el sistema solar, susurró a la galaxia y suspiró en la astronomía. Cuando a ese formidable mugido de saludo al saludo del automóvil le plugo disolverse y cesar, dejando en la ciudad un extraordinario silencio, todos a todos nos miramos, todos nos abrazamos gimiendo de reencuentro y destino, y todos comprendimos, con sencillez, que, sin apelación y sin tasa, éramos un pueblo feliz. Comprendimos también que nada, ni conocido ni imprevisto, ni propio ni extranjero, ni repentino ni taimado, podría jamás erosionar el durísimo cimiento de una Ciudad —la nuestra, ¡la nuestra!— que viene de la perfección y la dicha, que habita en la perfección y en la dicha y que ante sí no tiene otro destino que la dicha y la perfección. Y comprendimos, mientras el sonido memorable de los claxons se apagaba en los altavoces, que la herida acababa de cicatrizar para siempre, no sin antes haber dolido a cambio de regalarnos la experiencia de que somos indestructibles. Y comprendimos, y con esto llega nuestro informe a su fin, que para que el olvido enmarcase a nuestra perfección sólo era necesario que nuestra policía, diseminada por toda la Tierra, atrapase, doquiera que se hallare, al encanallado extranjero que oculto vanamente entre las hordas de croponios que erosionan el mundo no escaparía, sin embargo, a la busca implacable; que nuestra policía, viajando por do fuere preciso, aferrase al inicuo que había causado con su misericordia subversiva nuestro pequeño contratiempo, lo trujese amarrado al centro mismo de nuestra Ciudad, fuera sumariamente juzgado y condenado y en seguida embestido diversamente por automóviles de todas las marcas y conducidos por justicieros bellísimos de rabia, y al fin ultimado a pedradas, arañazos, puntapiés y mordiscos provinientes de todos y cada uno de cuantos componemos esta comunidad sosegada y feliz.

FELIX GRANDE

Alenza, 8 5.º-C
MADRID-3